

Próximo número:

SAPHO

Novela profundamente emotiva, de
asunto real, interpretada por la exi-
mia **POLA NEGRI**.

ÉXITO INDISCUTIBLE

Postal-fotografía:

Camilo de Riso

Sale todos los miércoles

Precio: 25 céntimos

ATENCIÓN: ¿Ya tiene usted
completa toda la
colección de nuestras novelas y postales?

La Novela Semanal Cinematográfica

N.º 35

25 cts.



**AL CALOR
DEL HOGAR**

por
Agnes Arres
Filmoteca

de Catalunya

**LA NOVELA SEMANAL
CINEMATOGRAFICA**

Redacción } Gran Via Layetana, 17
Administración } Teléfono 4423-A
BARCELONA

AÑO II

N.º 35

AL CALOR DEL HOGAR

Argumento de la magnífica producción
interpretada por la gentil artista

AGNES AYRES,

secundada por

**JEROME PATRICK, MILTON SILLS
y TEODORO ROBERTS**

CONCESIONARIA:

Cinematográfica Verdaguer S. A.
Consejo de Ciento, 290 ——— BARCELONA

En el barrio aristocrático de Londres se yergue majestuosa la aguja de la iglesia de Santa Maria Magdalena, consagrada por el mundo elegante que celebra en ella sus bodas, cuyo boato facilita temas á los cronistas de sociedad y motivo al pueblo para admirar lujosas "toilettes".

Siguiendo la tradición, al principiar esta novela, en su altar mayor unieron sus destinos

Folly Wallance, artista de variedades que obtuvo gran popularidad actuando en el Coliseo «Frivolity» de Londres, y Anthony Bond, poseedor de una inmensa fortuna constituida por grandes explotaciones agrícolas y madereras en el Canadá.

En el silencio del santo lugar, en el momento más culminante de la ceremonia, se alzó la voz del sacerdote:

—Desde este momento quedais consagrados marido y mujer y os debeis mútuo respeto y eterno cariño...

Mientras el acto nupcial iba tocando á su fin, ligando fuertemente á dos seres, un buen observador, Keene Mordaunt, el mejor amigo de Anthony, que fué en un tiempo no muy remoto un asídúo pretendiente de Folly, la novia, comprendió el alcance de los disimulados gestos nerviosos del millonario que se estaba casando, y se sintió emocionado. ¡Cómo debía trabajarle el espíritu á su amigo! ¡Qué de hipótesis le estaban atormentando el corazón! Llevado por su compasión dijo para sí: «¡Pobre amigo mio...!»

Completamente ajenos á todo lo que no fuera ilusiones, fundadas en el aventajado matrimonio de Folly, presenciaban el fausto acontecimiento, su padre, su madre y su hermano, tres personas cortadas por el mismo estilo de holgazanería, y presunción en lo que hacía referencia á su madre, coqueta... aunque con sus cincuenta años sobre sus hombros, embadurnados para ocultarlos, y al hermano, más gandul que un Faraón y con más ganas de divertirse... pagando otro, que él.

En la calle frente á la iglesia, donde la gente curiosa y sin ocupación esperaba la salida del

vistoso cortejo, también se hacian comentarios. Así, por ejemplo, una buena mujer, madre cuatro, cinco, seis ó doce veces, (no se había quedado corta en la suma) opinaba, para sus adentros, que pronto los recién casados se fiarian los trastos á la cabeza. Al parecer, su esposo y ella, teníanle aficiones al malabarismo conyugal, sobre todo con una colección de biberones. Luego, dos artistas baratas, se confirmaban lo que se dijeron en varias ocasiones, es decir, que Folly se casaría bien... porque tontos no faltaban... afortunadamente... Lástima grande que ellas, pobrecitas envidiosas, no hubiesen sabido dar un encontrón con un... tonto.

Una vez cumplidos todos los requisitos necesarios, la comitiva desfiló entre una gran muchedumbre cuya disparidad de pareceres acerca de los intérpretes de aquella comedia, sainete ó drama de la vida (cada casa es un mundo) era más embrollada que la Torre de Babel...

La cosa más interesante, sin duda, para los invitados, en particular las coristas del «Frivolity» que formaban la corte de amor de Folly, fué el banquete de boda... durante el cual se puso de manifiesto la *exquisita* educación de la familia de la novia. Esta, que estuvo continuamente rodeada de un enjambre de galanteadores, en su mayoría fervientes admiradores de la artista... y de la mujer, claro está, tuvo que reprimir á ciertos momentos la repugnancia que le causaba la conducta de sus parientes, quienes, el padre y el hermano, por una parte, rendian con evidente exceso honores á Baco con una gran variedad de bebidas, y la madre, por otra parte, *flirteando*, muestra-

ba, más de lo debido, unas medias finísimas, regalo de la "nena", con las correspondientes piernas.

Después de la fiesta, ó mejor dicho, durante la fiesta, que se continuó entre los invitados, y para dar una nota de snobismo, Folly y Anthony se disponían á efectuar en avión su viaje de novios.

Antes de que su amigo Anthony partiese con la que era su mujer, Keene, que había buscado vanamente una ocasión durante la fiesta para hacerlo, le habló de esta manera:

—Mi querido Anthony, acepta la expresión de mi enhorabuena por tu unión con Folly, porque es mi corazón leal quien te la da. Olvidemos pasados rencores y no veas jamás en mí al ex-pretendiente de Folly, que por ser tu esposa, me merece el mayor respeto...

—¿Quién recuerda ya aquellos tiempos...?

Y se separaron como buenos amigos.

Sin embargo Anthony estaba triste...

El avión que conducía á los jóvenes esposos rasgó el aire, radiante de alegría. Keene siguió la carrera del pájaro gigante y sorprendiéndole el hermano de la novia, le dijo, neciamente:

—No te preocupes, Folly no te quiso y eligió un millonario para darte en las narices...

Anthony y su gentil esposa aterrizaron en un lugar altamente pintoresco de la campiña inglesa y se instalaron provisionalmente en el hotel de moda, concurridísimo por la buena sociedad londinense.

Cerca del hotel-balneario, veraneaba el general Foulkes, hombre de carácter despótico y con una dolencia crónica en los riñones que le ocasionaba constante malhumor.

Enemigo acérrimo del bullicio y de darles

importancia á las mujeres, el general, que acababa de presenciar como varios jóvenes se desvivían por ser agradables á una señorita locuela, bailarina, comunicó sus ideas á Anthony que la casualidad había conducido á su lado:

—Estoy convencido de que la juventud de hoy nada respeta... Una linda muchacha les hace perder la cabeza... Precisamente hay un caso reciente, mi hermano se casó con una actriz... ella fué una pésima esposa y él el más desgraciado de los hombres...

—Puede haber algunas excepciones... usted perdone... mi esposa me llama... Buenas noches, caballero.

El general, mientras Anthony y Folly se alejaban de allí, preguntó quién era ella á unos jóvenes conocidos, pues ya la había visto antes, muy agasajada por cierto, y no se figuraba que fuera casada. Como es natural, el general se sorprendió al enterarse de que Folly era una ex actriz de renombre, casada con un multimillonario, que era Anthony, á quien había manifestado, ignorante de la indelicadeza en que incurria, su aversión á las actrices.— ¡Planchal!—pensó para sí el general; pero lo dicho, dicho estaba.

Folly y Anthony se retiraron á sus habitaciones. En éstas, Folly que se encontraba sumamente cansada, rogó á su marido llamase á la doncella para que la ayudase á desnudarse y á deshacerse el peinado. Anthony, haciendo un esfuerzo por decidirse al fin, la contestó:

—Un momento, tengo que hablarte.....

—¿Qué deseas, Anthony?

—Sé franco, Folly; quiero saber con certeza por qué te has casado conmigo.....

—¡Vaya una preguntal... Pues, en primer lugar, porque eres guapo.....

—Eso no es lo esencial..... Recuerdas el día en que te pregunté en tu camerino si querías ser mi esposa.....

—Sí... Después de unos meses de asíduas visitas y delicadezas para conmigo, te armaste de valor... y yo te di el sí que me pediste.....

—Entonces yo iba á abrazarte, pero entraron tus compañeras y algunos amigos con cuya presencia lo impidieron, y á quienes, puesto que nos habían sorprendido en disposición de estrecharnos en nuestros brazos, dijiste que te había pedido en matrimonio.

—Sí, eso es.....

—Desde aquel instante, he observado que no hemos podido permanecer solos hasta hoy, nuestra noche de bodas.

—¡Ah! Ya suponía yo que eras celoso, pica-ruelo.....

—Mis celos no serían oportunos...:eres ya mi esposa...

—Permite que yo también te haga una pregunta, Anthony. ¿Por qué te has casado conmigo?

—Porque era mi deber ante tus amigas.....

—¿Cómo entonces aquella noche me dijiste que me amabas?

—Encontré preferible casarme á faltar á mi promesa.

—Me estás ofendiendo, Anthony... Nunca sospeché que pudieras casarte conmigo sin amarme, sólo para hacerme quedar bien ante mis amigas.

—Para probarte, propuse á Keene que te siguiera cortejando hasta ver á cuál de los dos preferías, para saber si verdaderamente me

amabas.....

—Ya te convencerías de que te permanecí fiel, desoyendo las pretensiones de Keene, á quien, por su singular nobleza, y como tú sabes, considero buen amigo nuestro.

—No obstante, tu frivolidad no te permitió hasta ahora, y quizás lo hacemos en este momento porque las circunstancias no te dispensan de ello, dedicarme este rato de calma íntima, tan necesaria para conocernos antes de casarnos.

—Pero ¿es que te quejas de mí?

—Yo sólo trato de resolver un problema que no he logrado solucionar desde que te conocí.... El único resultado que he conseguido es repetirme que no podrás, á pesar de estar casada, sustraerte á la atracción de tu vida de artista mimada y que, como hasta ahora, yo quedaré, sino olvidado, en último plan.

—Por mi parte, con la misma sinceridad que tú empleas para hablarme como nunca lo hiciste, he de decirte que esta escena no es propia de este día....

—¡Es cierto que me he casado con una hermosa mujer, pero cuán lejos estoy de reinar en su corazón voluble!

—Por favor, Anthony.... Y dime... Si, como tú crees, yo no te quisiera ¿qué harías?

—Te dejaría que siguieras tu vida, independiente de la mía... hasta que tuviera una sospecha de tu conducta.

Tras estas explicaciones, Anthony encerróse en la habitación inmediata á la de Folly, y ésta, herida cruelmente en su amor propio, rompió á llorar como si quisiera demostrar su inocencia con lágrimas... á la par que exclamó:

—¡Comprendo que no debía haberme ca-

sado...!

Y era que Folly pensaba que Anthony, porque era inmensamente rico, podía dar oídos á las diversas apreciaciones que se hacían sobre su casamiento con él, que se suponía por interés, claro, y sin amor alguno.

Anthony esperaba, probablemente, recibir de Folly, á su primera pregunta: "*¿Por qué te has casado conmigo?*" estas dulces palabras salidas de su corazón: "*¡Porque mi amor es sólo tuyo!*" Lo cierto era que Folly, en lo que llevaban de relaciones, no le había dicho nunca algo que le diese pie para hablar con su corazón.

En la noche de bodas precisamente, surgía la eterna cuestión del amor propio que distanciaba á dos seres ligados el uno al otro por voluntaria cadena...

A un tiempo, en la terraza del hotel, el general, con su esposa y su hija Patricia, una preciosidad, comentaba con ellos lo que poco antes dijera á Anthony Bond, y Patricia le reprochó:

—Papá, has metido la pata al hablar de las artistas... los Bond serán nuestros vecinos... Han comprado la casa lindante con la nuestra...

El general se daba á todos los demonios.

Pasaron unos días. ^{*}^{*} La situación creada por mútuo resentimiento de Folly y Anthony no había experimentado cambio alguno. Ambos vivían ya en la hermosa quinta comprada por Anthony.

Keene, el amigo del matrimonio, según era en él costumbre todos los años, fué á veranear al mismo lugar que Anthony y Folly, y cierta

mañana vió á ésta en la espléndida terraza del hotel, puesta en cerco inevitablemente por varios admiradores que se disputaban el honor de recibir de sus manos adorables una flor... Folly al apercibir frente á sí á Keene, le tiró aquella y, sonriéndole con simpática expresión, fué á reunirse con él. Keene advirtió la trizteza de Folly y le dijo:

—Folly, parece usted poco satisfecha de su vida de casada...

A lo que contestó ella:

—¿Satisfecha..? Si sólo veo á mi esposo á las horas de comer...

Disgustada hasta el extremo de sentir deseos de llorar por la confesión que había tenido que hacer á Keene, humillante para una mujer que se cree capaz de hacer, por sí misma, la felicidad de un hombre, Folly se alejó de Keene hacia el parque del hotel, para buscar en la calma de sus frondas bañadas de sol, la tranquilidad de su pobre cabeza atormentada...

Aquel día al general le martirizaban los riñones y por lo tanto estaba de un humor de perros. Fué milagro verle una vez sonreírse y de la causa de ello era él el autor. Se trataba del eco de sociedad siguiente publicado en un periódico elegante:

GRAN MUNDO

«Se habla en los círculos elegantes del matrimonio que en breve tendrá lugar entre el joven Jorge Talbert, hijo del almirante Guerney Talbert, con Patricia Foulkes Brent, hija del general Archibaldo Foulkes. La confirmación de esta agradable noticia nos ha sido dada por el propio padre de la bellísima novia.»

Patricia, á quien el general dió á leer el suelto, exclamó con naturalidad:

—Debe ser una equivocación la noticia que inserta este periódico; jamás me casaré con ese joven porque no le amo...

—Déjate de amor y otras sandeces... Talbert es el hombre que te conviene...

—¡Pero al menos reconoce, papá, que una muchacha tiene derecho de elegir su futuro esposo...!

—¡Las chicas no tienen derecho a nada... te casarás con quien me dé la gana...!

—¡Pues no, eal... ¡Antes me meto monja, papá...!

Patricia salió del despacho de su padre, fingiendo estar furiosa; pero antes de desaparecer le envió un beso por el aire... para desagrarle.

Entonces, el general, se dirigió a su esposa, que había presenciado la escena sin entrometarse por no prolongarla con una lógica discusión contra el esposo, y la dijo:

—Quiere casarse con el hombre que ama... Seguramente algún desgraciado la ha embaucado hablándole de tonterías que ni siquiera sabe comprender.

—Patricia es joven, Archibaldo, buena, y tan sensible como tú... No le vayas con imposiciones y mejor será que nos ocupemos de saber de quien anda enamorada...

—Déjame en paz ¡voto a doscientas mil bombas! ¡Yo ya sé lo que tengo que hacer!

—Está bien; pero no olvides que esta tarde damos una *garden-party* y que nuestros vecinos, los Bond, están invitados...

—¡Siempre organizando fiestas que son un tormento para un enfermo como yo!

La fiesta en los jardines de la casa de campo señorial del general fué un verdadero acon-

tecimiento mundano... y amoroso, pues Patricia y (¿quién dirían ustedes?) Keene, enamorado, hablaron *en serio*. Keene abrió la válvula de su corazón con el empuje de su presión amorosa:

—Voy a comunicarle a tu padre que nos amamos y suplicarle que autorice nuestra boda....

Precisamente el padre acababa de presentarse a Patricia. Bajo los efectos de la misma presión que Keene, Patricia notificó a su padre:

—El señor Keene Mordaunt me estaba diciendo que tenía mucho interés en conocerte, papá.

Gracias a la oportuna intervención de la madre de Patricia, el general no pudo hablar con Keene y probablemente darle alguno que otro chasco porque estaba pésimo de humor. A pesar de ello, mientras su esposa casi le arrastraba, so pretexto de irlo a presentar a la señora Bond, la propia Folly, el general volvió la cabeza hacia el sitio donde seguían en dulce coloquio su hija y Keene, y afirmola a su paciente cónyuge:

—Este es el botarate que la ha embaucado... Me gustaría saber cuánto tiempo hace que se conocen.

Como un rayo de sol de irresistible fuerza presentósele Folly al general:

—General, no puedo creer que usted deteste a las actrices—díjole ella con refinada coquetería.

—Reconozco, señora, que las hay capaces de hacerme cambiar de opinión.

—¿Quiere usted que hablemos un poco acerca de ellas, general?

—Agradecido de tanto honor, señora.

—Tomaremos el té en esta mesita. Yo adoro el té, nada hay tan comparable á esta bebida para charlar un rato intimamente....

—¡No he tomado un breva je tan diabólico en toda mi vida!

—¿Entonces, lo toma usted por mí?



—Reconozco, señora, que las hay capaces...

—Para charlar un rato... como usted lo ha dicho....

El humor del general se había transformado completamente aunque le amargaba la escena que contemplaba á hurtadillas, entre Patricia y Keene, sentados á otra mesita de las numerosas que había en el jardín, tomando también el té y haciendo monerías con el azúcar:

—¿Cuántos terrones quieres, Patricia mia?

—Tres, ¿y tú... Keene?

—Yo, tres, como tú; el azúcar y el amor son dos cosas dulces y dichosos los lamineros que toman tanto de la una como de la otra, ambas por un igual... como nosotros....

En plena fiesta encapotóse el cielo. Mientras los criados desmontaban rápidamente los pabellones montados para la fiesta que el furioso viento arrancaba á la fuerza, destrozando algunos de ellos, los invitados se dispersaron en todas direcciones. Folly halló á Keene con Patricia, que buen cuidado habían tenido de no separarse, á la puerta de servicio de la villa de ésta, y le rogó:

—Acompáñeme á casa, el huracán me ha aturrido y no sé donde puede encontrarse mi marido....

Keene miró á Patricia, á quien Folly, comprendiendo *lo que había*, pidió mil perdones por llevársela á Keene, dándole unos tiernos apretones de manos.

Así se conocieron iniciando una amistad superficial Patricia y Folly.

Otro día, en una reunión en casa de los Towers, otra familia veraniega, á la que asistieron Folly, su esposo, Patricia y Keene, y mientras estos dos últimos se paseaban tranquilos y cariñosamente por el jardín, Folly, con su carácter desprovisto de prejuicios, privó á Patricia, por segunda vez, aunque por unos instantes tan sólo, de Keene con la mayor naturalidad del mundo, como si él fuera un hermano suyo y ella tuviera algún derecho para pedirle ayuda de sus sabios consejos... Esta vez, á su pesar, Patricia no vió con buenos ojos la gran amistad de Keene y de la ex-actriz.

Algunos días después, Folly deslumbraba á

sus amigos, á sus padres y á su hermano, á los que invitó con un baile de trajes y en aquella ocasión, más que nunca, Folly fué obsequiada por la elegante concurrencia, y su esposo, Anthony, sintió con mayor crueldad el tormento de los celos.

En la fiesta no podían faltar Patricia y Keene; pero las relaciones de ambos se habían agitado desde la segunda vez que Folly, con todas las formas debidas, se interpuso entre los dos. Para recalcar su enfado á Keene, Patricia le dijo, tratándole de usted:

—¿Por qué se preocupa usted de mí...? Folly es mucho más interesante....

—Eso lo supone usted pero yo no comparto su opinión; y toda vez que yo supongo otra cosa, quiero decirle inmediatamente á su padre que nos vamos á casar, para que no dude usted de mi amor...

—Impondré una...

—Usted no impondrá nada.

Considerando un beso, el primero, hurtado, el único medio de convencer á una mujer Keene realizó la hazaña entre ligeras protestas por parte de *la víctima*, al principio, y francas risotadas que trataban de disimular la vergüenza natural, después.

Entretanto, Folly conversaba con el conde de Swensen, recién llegado del Canadá, que le había sido presentado durante la fiesta. Era un hombre de porte distinguido y arrogante figura y, al parecer, de trato agradable.

Desde lejos, Anthony seguía atento los movimientos de su esposa y la presencia del conde en cuestión le obligó instintivamente á ir al lado de Folly. El conde y Anthony se miraron fijamente; Folly extrañó que tal hicieran, pero

el conde dió una explicación:

—Qué casualidad. Le conozco á usted del Canadá señor Bond.

—Es muy casual, en efecto.

La contestación manifiestamente dura, de Anthony al conde, no fué de buen augurio para Folly, quién imaginándose quizá que era un arranque de celos lo que había obligado á su esposo á interrumpirle la conversación con él quiso darle más prefiriendo dar el brazo al conde, para volver al salón donde se bailaba, á ofrecérselo voluntariamente, por derecho propio, á Anthony.

¿Por qué la espiaba Anthony si no la quería?

* *

Al día siguiente.

El hermano de Folly esperaba impaciente el regreso de su cuñado para pedirle en préstamo cierta cantidad, y hablaba acerca de aquél con un amigo suyo, á quien se quejaba de la inutilidad de tener un cuñado millonario... que no soltaba un céntimo si no se le estaba pidiendo un mes seguido. Las esperanzas que se había forjado el hermano de Folly se vinieron abajo cuando, en contestación, Anthony le manifestó con más severidad que compasión:

—Debes saber de una vez para siempre que no estoy dispuesto á darte más dinero... Si quieres ganarte la vida yo te proporcionaré una oportunidad...

La única palabra que se le acudió pronunciar entre dientes al parásito social, fué la de "*insensato*" dirigida á Anthony desde lejos. La verdad era que el espíritu del holgazán era demasiado estrecho para que en él cupiera esa máxima divina que dice: "*Ganarás el pan con el sudor de tu frente*".



—...quiero saber con certeza por qué te has casado conmigo...

En la habitación de Folly algo trascendental estaba ocurriendo. Su madre había ido á verla y así hablaron:

—Nos marchamos á las doce y media, hija mía, tu padre está disgustado, le encantan las comodidades... y considero mi deber advertirte antes de despedirnos, que he sabido la pequeña discordia que reina entre tú y Anthony...

—¿Crees que llevo una vida desgraciada...?

—Una madre siempre teme por el porvenir de su hija.. y he sabido que vivís como dos extraños...

—Bueno, mamá; pero ¿por qué no me hablas claro? ¿Hablaste acaso, con Anthony?

—No, eso no, hija; debes saber que Anthony está cansado de verte constantemente rodeada de una corte de adoradores... que la gente murmura...

—¿Y á quién le importa lo que la gente diga?

—Toda mujer debe cuidar su reputación... Créeme, hija, no desoigas mis consejos, no olvides que ahora tienes un marido rico y todo lo que necesitas.

—¡Sin embargo, me falta amor y compañía y vivo tan sola...!

—Ten paciencia, mujer, procura conquistar á tu marido, porque no te falta lo necesario para conseguirlo, y verás que nadie podrá compararse á tí...

—En fin, madre querida, afrontaré la situación y sentiría que por mí perdieras el tren...

—Es cierto, hija mía; adiós, hasta pronto...

Las palabras de su madre fueron para Folly una nueva amargura á sus penas; aquéllas sólo le habían significado que debía fingir para gozar con los millones de su esposo. ¿Podría su corazón sano asociarse á la hipocresía?

En casa del general, entretanto, Keene, introducido por Patricia, que permaneció detrás de la puerta, le confesó al militar que quería casarse con su hija. Por toda respuesta el general le dijo que el diablo se lo llevara lejos de su presencia. El humor del general, debido á su dolencia que le hacía pensar en el suicidio, era á propósito para encender una cerilla con su hábito... Muy sereno, Keene correspondió á la brusquedad del general con esta declaración:

—Donde me iré será á la iglesia más próxima..

Y al salir del despacho del general, reuniéndose con Patricia que lo había oído todo, la expuso:

—Me temo que al fin tendré que raptarte.

De común acuerdo, para vencer la oposición paterna, fijaron un día para el rapto; pero ese día Keene recibió esta carta de Patricia:

«Querido Keene: Acaba de llegar un telegrama anunciando que la tia Ruth está muy grave y hemos de ir á verla.

Te suplico que no me escribas hasta que yo haya podido combinar el medio de que mi padre no intercepte las cartas. Sé bueno y no olvides que está cel'osa tú

Patricia.»

Al mismo tiempo, Keene recibió este escrito de Folly:

«Querido Keene: ¡Cuánto tiempo que no nos vemos! Anthony continúa su vida de indiferencia para conmigo; me temo que no cambiará. Ayer lloré y hoy he pasado un día muy triste.

Venga mañana á tomar el té conmigo

Folly»

Al día siguiente, fué Keene, desde Londres, á tomar el té en casa de Folly, en el campo.

Durante la ausencia de Keene, el hermano de Folly, el holgazán, necesitando dinero, que no había podido conseguir de su cuñado, fué á verle, con el propósito de pedirselo a él. Como Keene no estaba, claro, el muy canalla del hermano de Folly, habiendo visto sobre la mesa-despacho de su amigo, la carta que le dirigiera Folly, invitándole á tomar el té, tuvo una idea propia de un degenerado... y se apoderó de ella burlando la confianza del criado.

Folly Keene, entre sorbetes de la colación amarilla, hablaron gravemente:

—No puedo continuar en esta situación, Keene, Anthony y yo vivimos como dos extraños...

—Son ustedes dos locos. ¿Por qué de una vez no hacen las paces?

—No insista, Keene, es imposible una inteligencia. Si quiere usted darme una prueba de aprecio, ayúdeme á conseguir el divorcio...

—Lo haría, si no fuese usted la esposa de mi mejor amigo.

En este momento, llegó el conde Swensen invitado, como Keene, por Folly, á tomar el té.

Aprovechando esta circunstancia, Keene se pasó al despacho de Anthony, donde éste se hallaba en desconsoladora reflexión:

—Qué tal, Anthony; dispénsame, chico, estuve todo ese tiempo con tu esposa y cuando llegué, tenías visitas.

—Pues ya lo ves, Keene, siempre lo mismo: estoy sosteniendo con mi mujer una lucha sin esperanza... La amo y ella aparenta la mayor indiferencia...

—Ambos fingís no amaros, cuando en realidad sólo deseáis reconciliaros... pero el maldito amor propio os lo impide...

—Es ella la que no quiere ceder y convierte

nuestra vida en un martirio....

—En fin, querido Anthony, tengo la seguridad de que no tardará en llegar el día que me dará la razón....

Al día siguiente, Keene, que no sospechaba del hermano de Folly, no se explicaba cómo había desaparecido la carta que ésta le mandó.

Un poco más tarde, le visitó Folly en su propia casa.

—¿Cómo usted en mi casa, amiga mía?— preguntóla con extrañeza, Keene.

—¿No puede una mujer casada hablar cinco minutos á solas con el mejor amigo de su esposo...?

—Naturalmente que sí... sin embargo, en mi casa, Folly, no creo que, á pesar de mi amistad con Anthony, éste lo viera con agrado.

—Ya sabe usted que Anthony se ocupa tanto de mi, como el polo Norte del Sur.

—¿Y qué es lo que usted desea de mi?

—Vengo á pedirle un favor....

—Desembuche usted....

—Mi hermano se encuentra en un apuro, aceptó una letra y no puede pagarla....

—¿Y á decirme eso vino usted? No seré yo quien le dé un céntimo á ese golfo... y tampoco debería usted protegerlo....

—Es mi hermano, qué le vamos á hacer. Voy á sacarle de este apuro....

—No, cuente usted conmigo....

—¿Quiere usted prestarme, á mi, el dinero...?

—¿A usted? En este caso, no me puedo negar. ¿Qué cantidad necesita usted? ¿Cómo? ¿Cien libras? ¡Caramba qué rumboso es su hermano! Le voy á extender el cheque....

Mientras Keene llenaba el cheque, llamaron al teléfono, y Folly, ligera, se puso al aparato.

- ¡Dígal!
- ¿Eres tú, Keene...?
- No, señorita Patricia, soy Folly, Keene está ahí, le aviso que usted le llama.....
- Es usted muy complaciente... ¡Ah! ¿Eres tú, ahora, Keene? ¿Sí? La tía Ruth ha muerto.. y yo estoy deseando morirme también.....
- Lo siento, Patricia, iré a verla a usted en seguida que vuelva de Escocia.



—Vengo á pedirle un favor...

- Supongo que le habré molestado ¿verdad?... Que usted y Folly me perdonen por haberles interrumpido.
- ¿Que dices, Patricia? Oiga, oiga, ¡Patricia...!
- ¿Se le enfada Patricia, Keene? Por mi, por supuesto. Perdóneme usted. Ella debe haberse figurado que nuestra amistad no es muy tranquilizadora... Estoy convencida de que Patricia

le ama... Es una excelente muchacha...

—Así opino yo también; por eso espero casarme con ella cuanto antes...

—¿Y hasta ahora lo había usted callado? ¡Oh, no vaya usted á creerse que se lo reprocho! Al oír que ustedes se aman, congenian, me senti más desgraciada... porque si usted se casa y aunque ella, que es buena comprenda mi situación no podré tener en usted al amigo hermano que aguanta todas las impertinencias de una hermana menor... débil... ¡Pero, qué estoy diciendo, tonta de mí! Adiós, Keene, hasta cuando usted guste pasar por casa..

—Adiós, adorable chiquilla...

—¡Si le oyese Patricia...!

*
*

El conde Swensen extremó tanto sus atenciones con Folly que Anthony se vió obligado un día que se hallaba con él en su despacho, junto con Keene, á significarle su desagrado. Para ello, dijo á Keene, refiriéndose al conde que palideció:

—Estoy recordando la última vez que vi al conde Swensen...; le acompañaba una modesta muchacha... Era una muchacha muy correcta, que tuvo con el conde serios disgustos...

El conde no pudo contenerse, se levantó de su sillón y le preguntó á Anthony:

—¿Con qué idea saca usted á relucir esta historia? ¿Para burlarse de mí?

—No, señor conde...; únicamente con el fin de que ponga término á sus frecuentes visitas...

—¿Y con qué derecho me echa usted tan bruscamente de su casa?

—Tengo argumentos convincentes que le obligarán á prescindir de nuestra amistad.

La aparición de Folly sirvió para el plan de

Anthony, que la dijo:

—El conde Swensen acaba de manifestarme que abandona Inglaterra y viene á despedirse de nosotros...

—No hay más remedio, señora; debo abandonarles con el mayor pesar. Mis negocios me reclaman...

La cuestión quedaba zanjada... y Anthony, más tranquilo.



—El conde Swensen acaba de manifestarme que abandona Inglaterra...

Patricia regresó de Escocia y Keene intentó verla para repetirle una vez más que la amaba y deseaba casarse con ella á la mayor brevedad posible.

—¿Por qué me ha devuelto usted mis cartas y rehusa verme?...

—No quiero privar á la señora Folly de una compañía que le es tan grata...

—¿No le inspiré siempre una confianza absoluta?

—Estoy dudando si debo escucharle más...

—Está bien; he venido para darle á usted toda clase de explicaciones, pero veo que es completamente inútil...

Con paso decidido, Keene alejóse; mas al llegar cerca de la puerta del jardín volvió la cabeza hacia el banco donde estaba sentada su amada, y la vió llorar ocultándose el rostro. Presenció también como el perrito de Patricia, contagiado del dolor de su dueña, le lamía una mano caída y favorecida le correspondía, hasta que se le marchó, con afectuosos mimos... Plenamente convencido del amor de Patricia hacia él, Keene se avino á implorar la reconciliación y, sigilosamente, se le acercó, colocó la cabeza debajo mismo de la mano caída de Patricia, y ésta, figurándose que era el perro que volvía, le mimó acariciándole, á un tiempo, y su sorpresa fué inenarrable. El caso fué que, impelida por una fuerza invisible é invencible, Patricia se echó llorando al cuello de Keene, murmurándole:

—Soy la mujer más desgraciada que existe, Keene... Amo demasiado...

—¿Me prometes que ésta será la última vez que dudarás de mí?

—¡Yo creo y necesito creer en tí...!

Entonces, no muy lejos del lugar donde se hallaba Patricia y Keene, éstos vieron pasear por el bosque á Folly con el conde Swensen, lo cual, según aquella, lo venía haciendo desde algunos á aquella parte.

Y Keene, que esperó con ansia aquel día

una oportunidad para entrevistarse con Folly, en su propia casa, halló consuelo al aconsejarla:

—El conde Swensen no es persona con quien pueda tratarse... Anthony no lo vería con agrado... Además, en el Canadá creo que cometió algún delito...

—Ya me ha contado el conde lo que ocurrió en el Canadá, y sus palabras me merecen crédito...

—No sea usted tan nerviosa, Folly; reflexione usted un poco sobre lo que acabo de decirle.

—¡Ah, Keene, no puede usted figurarse lo que es mi vida de casada... Un tedio constante...

—Pero ¿acaso no está en sus manos el anhelado arreglo?

—Anthony me ofende con su indiferencia... no puedo continuar a su lado...

Anthony les cortó la conversación para rogar a Keene que fuera un momento a su despacho, porque se trataba de un asunto importante. Keene, solícitamente, acudió. Su amigo le dió a leer el telegrama siguiente:

"Se ha prendido fuego en los depósitos de madera del muelle. No puedo encontrar hombres para el trabajo. No pierda tiempo. Venga hoy mismo.

Walker".

Y a continuación, le notificó:

—Debo marcharme inmediatamente y Folly quiere trasladarse a Londres... Podrías ocuparte de ayudarla a instalarse... Estoy seguro que harás cuanto sea necesario para atenderla...

—Cumpliré tus deseos con la mejor voluntad.

Folly por su parte, supo la noticia, por boca de su esposo, y más bien fingió bienestar que otra cosa.

Al día siguiente, durante la ausencia de Anthony, Keene fué a visitar a Folly en su casa de Londres; pero le recibió sólo el criado.

—¿Ha visto usted salir a la señora, Gerónimo?

—Supongo que ha ido a la casa de campo porque he visto que se llevaba las llaves...

Sintiéndose responsable de lo que pueda ocurrirle a Folly, Keene salió inmediatamente en automóvil hacia la casa de campo en busca de ella. En camino vió un magnífico automóvil parado frente a un hotel de tránsito y no se equivocó al suponer que Folly había hecho alguna tontería, pues, en efecto, previos detalles dados por el posadero, halló, en un comedor reservado, a la esposa de su mejor amigo con el conde Swensen, cenando tranquilamente.

Pasado el consiguiente susto, Folly, con voz firme, dijo a Keene:

—Sepa usted, Keene, que me fugo con el conde Swensen, y supongo que no tratará usted de evitarlo...

—Aunque no recibiera de mi amigo el encargo de velar por usted, no consentiría lo que iba usted a hacer... No intento detenerla a usted, pero es casi seguro que lograré que el conde desista... No, astuto conde; quieto con el revólver; nos entenderemos mejor... Si intenta usted salir de aquí con la señora Bond, le haré detener como culpable de un delito de asesinato del que tengo las pruebas... Véalas usted... Anthony Bond se las procuró en el Canadá, y dióme una copia, que es ésta, para que yo supiera el sujeto que era usted... Le doy dos horas de tiempo para que abandone Inglaterra ó facilite a la policía la declaración de su culpabilidad...

El conde, descubierto, no tuvo otro recurso, para salvarse, que obedecer á Keene.

Folly, con humildad, rogó á Keene que la acompañase á su casa.

Afuera se había desencadenado una tempestad. A pesar de la lluvia torrencial y furioso viento, Keene y Folly, se arriesgaron á regresar; pero la tempestad desvió á Keene del verdadero camino y como la noche estaba oscura



—Aunque no recibiera de mi amigo el encargo de velar por usted...

tuvieron que esperarse á que aclarase un poco. Cuando intentaron proseguir el camino, un desprendimiento de tierra, provocado por la inundación de un río, cubrió la rueda del automóvil, impidiéndole el menor movimiento. En tan crítica situación, se dirigieron á pie hacia

la casa de campo, á la que llegaron poco después, calados hasta los huesos.

Pero apenas hubieron entrado, Folly exclamó aterrada:

—¡Qué fatalidad!

¡Anthony estaba allí!

Y desmayóse en los brazos de Keene á tiempo que Anthony le decía, con punzante ironía:

—No esperábais encontraros conmigo, ¿verdad?

—¿Qué quieres decir, Anthony...? Con tu furioso aspecto, la has asustado.

—Y dime, ¿qué significa todo esto?

—Aparta, dame tiempo á lo menos para auxiliar á tu esposa...

—Es decir que estabais solos los dos... ¡mi mejor amigo y mi esposa!

—¿Te figuras acaso que trataba de robarte á Folly?

—¿Cómo explicas tu presencia en mi casa, á estas horas...?

—La tempestad nos sorprendió cerca de aquí, se estropeó el automóvil y nos refugiamos esperando que cesase la lluvia...

—No creo esta excusa... ¿Cuál fué el verdadero motivo que te indujo á conducir á mi mujer al campo, con este tiempo,... y durante mi ausencia...?

No quieres decirme... y no es preciso... Por esta carta que revela la verdad... he pagado á mi cuñado cien libras. Estoy enterado también de la visita que te hizo Folly y del cheque que la entregaste...

—¡Basta! No he de darte más explicaciones; esta carta ha sido robada por un miserable para poder obtener con engaño, una cantidad que le era necesaria...

—... Con tu furioso aspecto la has asustado....



—No, no te irás: he de obligarte á que digas la verdad....

A los gritos de su esposo y de Keene, despertóse Folly, que intervino:

—Siendo yo también parte interesada en el asunto, ¿por qué no queréis escucharme? Anthony, vas á saber la verdad.... Keene me sorprendió cuando me fugaba con el conde Swensen y pudo evitar esta locura que yo iba á cometer, exasperada por tu indiferencia.... El conde me hizo creer que tenía en su poder un documento que te acusaba de un asesinato cometido en el Canadá... y yo fingí aceptar su compañía para rescatarlo.... Ahora comprendo que el conde mentía.... Gracias á Keene, no he cometido un gran error... tan grande, como el que cometí al casarme contigo....

—Perdóname, Folly.... Esta será nuestra última discusión.... Voy á marcharme al Canadá para facilitar la obtención del divorcio....

—Teugo una idea, Anthony. ¿Quieres escucharme?

—Puedes arreglar los asuntos como mejor te parezca....

Así terminó tan desagradable escena. Desde luego, Anthony pidió mil perdones á su noble amigo, y aquella noche ya no durmió bajo el mismo techo que Folly....

A la mañana siguiente, pasada la tormenta, Keene se vió con Patricia en el jardín de la casa de ésta.

—Papá vigila... Consiento en que hablemos... si papá no nos vé...

—Dame un beso... ¿No? Pues te lo doy yo...

—Atrevido.. ¡si papá nos viera!

—Papá os ha visto, mosquita muerta...

—Lo que usted ha visto, general, es el prelu-

dio de nuestro próximo casamiento... que no dudo autorizará usted.

—Si, papaito, bonito, cariñosito...

—Anda, no me hagas cosquillas... En cuanto á usted, muchacho, quiero creer en la bondad de sus sentimientos... Quédese á comer con nosotros... Hablaremos de la boda...

—¡Ay, qué papaito tengo!

Anthony se hallaba á bordo del «Ciudad de la Luz», con rumbo al Canadá, y se despedía con la mirada triste, de Inglaterra. Una duda le amargaba: ¿No habría sabido comprender á Folly? Cual visión celestial vió luego ante sí á su esposa.

—¡Tú aquí!

—Si, Anthony... Me dijiste que lo arreglara como quisiera... y me ha parecido el mejor medio acompañarte al Canadá, donde constituiremos un nuevo hogar á cuyo calor nacerá la dicha que tú mereces y que yo ansío á tu lado...

La vida no tiene *ayer*; la vida comienza mañana.

FIN.

(Prohibida la reproducción sin mencionar procedencia)

Talleres gráficos E. VERDAGUER MORERA
Topete, 2 al 16 - TARRASA - Teléfono, 6007